

# Profesorado: miradas y espejos

Lourdes Montero/ Catedrática de Didáctica y Organización escolar Universidad de Santiago de Compostela

***¿Es enseñar una forma de ganarse la vida pero, sobre todo, una forma de ganar la vida de los otros... y tal es así que puede considerarse como una de las profesiones más hermosas que existen?***

Hace ya un tiempo Lee Shulman (1989) reclamaba la necesidad de mantener una “*gran conversación*” entre los diversos paradigmas de investigación sobre la enseñanza argumentando la insuficiencia de una única perspectiva para comprender los fenómenos educativos. Igualmente, sería necesario mantener una “gran conversación” sobre la profesionalización del profesorado para examinar las cuestiones incluidas bajo ese paraguas conceptual desde las diferentes perspectivas existentes. Una apuesta de difícil materialización pero imprescindible si consideramos la complejidad del tema y la preocupación que el mismo ha suscitado durante las postrimerías del siglo XX y los umbrales del XXI.

Como otros profesionales, profesores y profesoras son personas, mujeres y hombres que viven la enseñanza con niveles de compromiso y satisfacción diferentes; que se encuentran en momentos vitales distintos en función de la edad, la formación previa y la experiencia acumulada; inmersos en sociedades cambiantes; hombres y mujeres corrientes a quienes la sociedad está pidiendo desempeñar un trabajo extraordinario; enfrentados a mayores demandas y expectativas sociales respecto a la escuela que llevan, ineludiblemente, a colocar al profesorado en el punto de mira de la crítica social. Lleva ya tiempo produciéndose un fenómeno de ampliación, intensificación e indefinición de las tareas docentes vivido por cada quien de manera diferente en función del contraste entre su antes y su ahora profesional.

Si efectivamente, como afirmó Hargreaves (1996: 287), “las reglas del mundo están cambiando. Es hora de que las reglas de la enseñanza y el trabajo de los docentes varíen con ellas”: ¿cuáles son las direcciones de los cambios a los que el profesorado tiene que hacer frente?; ¿qué demandas sociales se plantean; ¿cuál es el protagonismo del profesorado?; ¿es posible continuar representando el mismo papel a pesar de la transformación de los escenarios?; y ¿acaso es propio de la profesión docente la situación de crisis permanente?

## ¿Tiempos de incertidumbre?

Vivimos tiempos agitados para la profesión docente. A finales de los noventa asistíamos a una interesante polémica entre “fiscales” y “defensores” de la misma motivada por el artículo de Fernández Enguita (1999) titulado “¿Es pública la escuela pública?” en el que responsabilizaba al profesorado del deterioro de la escuela pública. La réplica posterior de Contreras (2000), la “carta” de Gimeno Sacristán (2000) a ambos, la tribuna de debate abierta en las páginas de la revista *Cuadernos de Pedagogía*, la virtual abierta por Fernández Enguita en la Universidad de Salamanca, los artículos posteriores sobre la

feminización docente y la consideración de la profesión como un “profesión democrática” y, finalmente, la publicación posterior del libro que, con el mismo título del polémico artículo, recopila algunas de las contribuciones al debate, representaron una excelente oportunidad para llamar la atención hacia las condiciones en las que se desenvuelve la profesión docente, el contenido de su profesionalidad y las características de su profesionalización.

La polémica supuso, en mi opinión, un estupendo revulsivo para salir del adormecimiento en el que parecen estar instaladas las cuestiones relacionadas con la profesionalización del profesorado, una vez aminorado el furor reformista por hacer de los profesores profesionales reflexivos.

Coincidiendo con esta polémica, llegaba a mis manos desde el otro lado del Atlántico, el trabajo editado por Darling-Hammond y Sykes (1995) con el sugerente título *Teaching as the learning profession*. En la introducción, Sykes señala que el libro está basado en una premisa aparentemente simple y en una hipótesis a ella asociada. La premisa se refiere a que la mejora de la educación es impensable sin profesores altamente cualificados con el conocimiento, habilidades y disposiciones necesarias para animar el aprendizaje de los estudiantes. La hipótesis relacionada es que la clave para contar con ese profesorado es aumentar las posibilidades de aprendizaje profesional durante toda la carrera (¿y reconsiderar también su condición de “plana”?).

Si utilizo la referencia a ambos acontecimientos como recurso discursivo –consciente de que, como tales, son sólo significativos para mí– es únicamente con la intención de subrayar el juego de luces y sombras que se proyectan sobre la profesión docente.

¿Es enseñar una forma de ganarse la vida pero, sobre todo, una forma de ganar la vida de los otros... y tal es así que puede considerarse como una de las profesiones más hermosas que existen?; ¿es realmente una profesión del aprendizaje? ; ¿o está quizás la profesión docente mejor definida por las sombras (corporativismo, predominio de intereses personales, falta de vocación, síndrome de funcionario...) que proyectan en ella los profesionales que la forman? ; ¿o acaso la profesión docente es, más bien, un mar de contradicciones provocadas por las amplias y ambiguas demandas sobre sus miembros, probablemente sin los suficientes apoyos para responder adecuadamente a las múltiples presiones de su entorno?

Pues bien, es todo eso, y mucho más... y no resulta fácil navegar por esa complejidad sin ceder a la tentación de deslizarse hacia posiciones defensivas o acusadoras del profesorado dejando al margen las imprescindibles matizaciones.

En mi opinión, este conjunto de cuestiones, invisibles durante mucho tiempo, han concitado la atención de muchos, que desde variadas perspectivas disciplinares y enfoques diversos han desplegado –metafóricamente hablando– sus armas para abordarlas. Como he señalado en otros trabajos (Montero, 1999a, 1999b), la *mirada sociológica* –especialmente referida al profesorado de Primaria y Secundaria– ha contribuido enormemente a iluminar el lado social de la profesión docente: orígenes, demografía, género, autonomía, relaciones con la comunidad educativa, formación, reacciones ante las reformas... Una de sus aportaciones más destacadas ha sido poner de manifiesto el papel limitado que la formación desempeña en la profesionalización del profesorado ante el poder de influencia de otros factores.

En este contexto, la problematización del papel y sentido de los profesores en un mundo fuertemente incomunicado a través de los ingenios informáticos y de los medios de comunicación de masas está configurándose como otra mirada potente para comprender la situación social del profesorado. Quizás como ninguna otra representa la percepción que la sociedad, a través de sus diversos comunicadores, tiene del profesorado. A ella dedicaré el siguiente apartado.

## La percepción social del profesorado en la prensa

La prensa resulta un espejo excelente para reflejar distintas miradas sobre el profesorado como ponen de manifiesto un conjunto de noticias y artículos de opinión publicados entre 1999 y 2002 expresivos, en mi opinión, de algunos de los focos de tensión a los que la profesión docente está enfrentándose en la actualidad.

En *La Voz de Galicia* del día 20 de febrero de 2001, el Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza pide a los gobiernos de la UE que “no alarmen a la población *descalificando* al profesorado y dediquen los recursos necesarios para su formación permanente y su jubilación”. Una petición hecha como reacción a la aprobación por la UE del informe “Futuros objetivos de los sistemas de educación y formación” en el que se llamaba la atención hacia el tema del “envejecimiento y mala preparación de gran parte del profesorado de la UE”, afirmándose que “la profesión docente también debe hacer frente al cambio demográfico”.

Unos meses más tarde, el 7 de julio de 2001, en *La Voz de Galicia*, bajo el rótulo “Consecuencias del nuevo plan de enseñanza”, leemos: “Defraudados, desbordados e impotentes. Así se siente un amplio colectivo de profesores de enseñanza secundaria, incapaces de asumir los cambios que ha conllevado la reforma educativa”.

Una situación que desembocó en un aumento del número de bajas por estrés entre los docentes de secundaria, según reconoce la Administración educativa para quien, “...la mayor implicación de las familias, el papel de los orientadores y la asunción por parte de los profesores de que no son meramente instructores facilitaría la relación con el alumnado. Los profesores hablan de decepción ante la falta de medidas”.

*La Voz de Galicia* del día 6 de octubre de 2001 da cuenta de algunos de los resultados del estudio realizado por la Fundación Hogar del Empleado titulado “La calidad de la educación vista por profesores, padres y alumnos”. Este estudio señala que el 80% del profesorado encuestado (2.500) opina “que es necesaria más dureza en las aulas para acabar con lo que ellos perciben como creciente indisciplina”, y la mitad declara “conocer a algún compañero amedrentado por sus alumnos”.

La encuesta informa también de la existencia de un mayor distanciamiento entre las opiniones de padres, profesores y alumnos. Así por ejemplo, el 80% del colectivo profesorado detecta una “acusada falta de motivación en el alumnado”, una opinión compartida sólo por el 42% de los padres y el 40% de los alumnos. El 92% del profesorado “echan en cara a los padres la excesiva delegación de responsabilidades en la escuela” y atribuyen el fracaso escolar a la “escasa colaboración de las familias”. En sintonía con los datos procedentes de otros informes, el 87% del profesorado se queja de la escasa valoración de su trabajo; paradójicamente, sólo el 18% cambiaría de empleo si pudiera. Una situación que difiere de la de otros países en los que el abandono de la profesión docente alcanza porcentajes significativos. Por ejemplo, en EE.UU., el 50% de los profesores abandonan la profesión durante los 5 primeros años (Bullough, 2000: 106).

En *El País Semanal* del 15 de abril de 2001, el ensayista José Antonio Marina, en un artículo sobre la violencia escolar, se pregunta por las razones que conducen a padres, profesores, instituciones educativas... a preocuparse por el tema de manera tan intensa. El problema parece inquietar más a profesores que a padres (una opinión coincidente con los datos ofrecidos por el estudio de la Fundación Hogar del Empleado). No obstante, añade el escritor, los datos son contradictorios ya que los padres se quejan del poco caso que les hacen sus hijos. Unos, los padres, “arremeten” contra el sistema educativo; otros, los

docentes, lo hacen contra “la claudicación formativa de las familias. Y, unos por otros, la casa puede quedarse sin barrer”.

### ***El 80% del colectivo profesorado detecta una “acusada falta de motivación en el alumnado”***

Los artículos firmados por los escritores Suso de Toro -*El Correo Gallego* del sábado 22 de mayo de 1999 titulado “Se os profesores falasen”- Manuel Rivas -*El País Semanal* del domingo 20 de abril del 2000, titulado “Amor y odio en las aulas”- y Antonio Muñoz Molina en *El País Semanal* del domingo 8 de abril de 2001 titulado “La quemazón”, ratifican un panorama tan escasamente alentador. Coinciden en situar a profesores y profesoras atrapados en un aparente callejón sin salida ante las demandas cruzadas de padres, alumnos y Administración; reivindican un mayor reconocimiento social para la tarea docente y abogan por colocar los problemas de los profesores en el marco de los problemas sociales de los que la escuela, si bien no es la responsable, sí se convierte en su espejo, proyectando en ella las expectativas de solución. Analizan la situación de crisis de la institución escolar y el desconcierto del profesorado. Coinciden en enfatizar la responsabilidad de la sociedad en general y de la administración educativa y las familias, en particular. He seleccionado, a modo de ejemplos ilustrativos, aquellos párrafos que mejor representan el juego de conflictos y demandas sociales en el que, en la opinión de los autores, parece encontrarse atrapado el profesorado.

Para Suso de Toro, “...en la escuela están pasando muchas cosas, les pasan cosas a nuestros niños y les pasan cosas a los profesores. Allí aparecen todos los problemas ocultos de nuestra sociedad: la fractura íntima entre abuelos y padres e hijos; el vacío moral en el que educan a muchos adolescentes, el desconocimiento de cualquier autoridad; la desaparición del esfuerzo necesario; el pensamiento de que los propios deseos son ley... Los primeros frutos de la civilización del consumismo están ya en la sociedad y en los institutos”.

Atribuye el escritor los problemas a la ampliación de la escolaridad obligatoria causante de que se encuentren en las aulas adolescentes sin interés por continuar en la escuela. Hace una dura crítica a la Administración educativa por utilizar esta prolongación como alternativa a la difícil integración en el mundo laboral (“no hay trabajo para darles a los adolescentes o no queremos que trabajen...”). La sociedad “prolonga indefinidamente la edad de los estudiantos obligatorios” sin preocuparse después de atender a los conflictos que esta prolongación provoca (“profesores encerrados con grupos de adolescentes que non quieren estar ahí... frente a frente, midiéndose, desafiándose”). El escritor se pregunta “¿aprenden algo estos chicos... y “¿a quién le importa”?... “Los problemas de los padres y de la sociedad se barren para debajo de la alfombra, para la escuela”.

En esta situación crítica serán los profesores, como responsables de los procesos formativos que se desarrollan en la institución escolar, los que sufran las consecuencias del malestar de grupos de adolescentes en forma de indisciplina y violencia, mostrando a su vez una escasa capacidad de reacción, perplejos ante lo que ocurre (“y los maestros tampoco saben qué hacer. Les cuesta reconocer la situación de tremenda indignidad en la que se encuentran...”).

***Para Suso de Toro, "...en la escuela están pasando muchas cosas, les pasan cosas a nuestros niños y les pasan cosas a los profesores. Allí aparecen todos los problemas ocultos de nuestra sociedad***

Con total rotundidad, Suso del Toro continúa denunciando la mirada para otro lado por parte de la sociedad ante los problemas de la escuela y del profesorado: "La sociedad pasa de la enseñanza, ignorando que los profesores son la última defensa, soldados desarmados de toda autoridad que resisten defendiendo viejas ideas desprestigiadas: la necesidad de las normas de comportamiento social, del esfuerzo para aprender y avanzar, de que es preciso algún tipo de autoridad porque la sociedad no funciona sin roles... Algún día veremos las orejas del lobo y entonces la enseñanza pasará a ser prioritaria. Mientras tanto, la verdad de lo que pasa la saben los profesores".

En la misma dirección de denuncia, Antonio Muñoz Molina en un artículo sobre la "quemazón" dedicado a examinar la extensión social de la dolencia y las características de la misma en el profesorado, señala: "Parece que la quemazón es una dolencia tan común que las autoridades sanitarias acaban de incluirla entre las enfermedades que justifican una baja laboral. Igual que hay unidades de quemados en los hospitales... las habrá pronto de quemados metafóricos... Tengo muchos amigos y personas queridas que se ganan la vida en la enseñanza, y me temo que la mayor parte de ellos están tan quemados que, si pidieran la baja al mismo tiempo, más de un centro escolar tendría que cerrarse. Quemados hasta la médula, braseados por la indiferencia y la hostilidad de alumnos a los que sus padres no les han inculcado el menor rasgo de educación, de padres agresivos que les tratan como sospechosos de abusos o directamente como culpables del más mínimo disgusto académico que hayan podido llevarse sus niños; quemados mucho más allá de la desmoralización...; quemados por la inoperancia de las normas disciplinarias y la frivolidad de las autoridades educativas..."

Con un tono menos dramático, Manuel Rivas va desgranando el estado de salud moral de la profesión docente: "...uno de cada tres profesores desearía dejar su profesión según una encuesta británica" y "tres de cada cuatro maestros de primaria se encuentran más allá del borde del ataque de nervios"... Un amigo maestro me contaba su última pesadilla, asustado de sus propios sueños: los niños le arrancaban los ojos..."

Insiste, como Suso de Toro, en constatar que la escuela fue asumiendo progresivamente funciones de socialización primaria otrora desempeñadas por la familia; el alargamiento de la escolaridad convierte en obligatoria la estancia en la escuela para muchos adolescentes deseosos de dejarla.

En ese escenario cada vez más complejo las esperanzas de mejora se depositan en el profesorado: "La escuela se ha vuelto más conflictiva porque cada vez alberga más tiempo de vida, más complejidad, entre sus paredes. Es el espacio de la familia y de la relación comunitaria lo que se ha achicado. Para muchos adolescentes, la amistad, y también el odio, tiene por principal y casi única vía la puerta del colegio o instituto. La conflictividad escolar no es tanto un rechazo como un SOS. Del maestro se espera a veces demasiado, como de aquel ingenioso Jacob que transformaba *los gramos de noticias en toneladas de esperanza*. Es comprensible la tensión ante semejante demanda. Pero, ¡qué suerte que esperen de uno algo!"

Y continúa aludiendo a la necesidad de compromiso del profesorado con la especificidad de su tarea: "Todo lo que pasa, y lo que se avecina, no tiende a disminuir la importancia de la escuela, sino al contrario. Y la desmoralización del profesorado debería transformarse en una nueva autoestima. No hay que exigir a una maestra la vocación de una misionera o de

una voluntaria de Médicos sin Fronteras, pero sí la conciencia de que su trabajo con la materia humana, y por tanto delicada e inflamable a un tiempo, va a ser cada vez más valioso. Las noticias perturbadoras y las experiencias negativas no deberían velar la realidad...”

Claro que esta situación implica una redefinición del papel del profesor. Difícilmente puede el profesorado hacer frente a las crecientes expectativas de ampliación de sus tareas profesionales tan sólo con un título académico (“*ser enseñante no sólo requiere una cualificación académica*”); precisa, además, de otras muchas capacidades, si pretende enfrentarse con éxito a las demandas de ampliación e intensificación de su papel. Con una fina ironía Manuel Rivas las define así: “Un buen profesor o maestro tiene que tener el carisma de un presidente del Gobierno, lo que ciertamente está a su alcance; la autoridad de un conserje, lo que ya resulta más difícil, y las habilidades combinadas de un psicólogo, un payaso, un DJ, un pinche de cocina, un puericultor, un maestro budista y un comandante de la Kfor.”

¿Pueden reunirse este conjunto de capacidades en un profesor o profesora? ¿No es esperar demasiado? ¿Será ésta una manera de llamar la atención hacia la necesidad de colaboración con otros profesores y contar con el apoyo de otros profesionales? ¿No puede ser éste un camino para conquistar una nueva autoestima más allá de la reacción compasiva propia de la indulgencia estratégica?

Sin embargo, no todo son consensos: “...mucha gente todavía considera que los maestros de hoy viven como marqueses y que se quejan de vicio, quizá por la idea de que trabajar para el Estado es una especie de bicoca perpetua. Pero si a mí me dan a escoger entre una expedición “Al filo de lo imposible” y un jardín de infancia, lo tengo claro. Me voy al Everest por el lado más duro”.

Los testimonios utilizados dan cuenta, por una parte, del aumento de expectativas sobre la responsabilidad del profesorado y, por otra, de cierta alarma social ante una situación de desgaste, desmoralización, apatía y cansancio del mismo. A la vez, reclaman tanto un mayor protagonismo del profesorado como una mayor implicación de la Administración educativa, las familias y la sociedad en general para proporcionar los apoyos y recursos necesarios para superar la crisis.

Claro que, para algunos, el problema no está únicamente fuera sino en el interior de la profesión docente: “Más que una profesión desprestigiada a los ‘ojos de otros’, la profesión docente se volvió difícil de vivir profundamente, la ausencia de un proyecto colectivo, movilizador del conjunto de la clase docente, dificultó la afirmación social de los profesores dando alas a una actitud defensiva más propia de ‘funcionarios’ que de profesionales autónomos”. (Nóvoa, 1990: 4).

Siempre cabe mantener abierta la esperanza y pensar en las posibilidades de contribución del profesorado a hacer del mundo un lugar más justo y habitable. Como afirma Hugo Assman (1998: 23): “Es hora de hacer, sin ingenuidades políticas, un esfuerzo para ‘reencantar’ de veras la educación, porque en ello está en juego la autovalorización personal del profesorado, la autoestima de cada persona envuelta” .

## Referencias bibliográficas

ASSMAN, H. (1998). *Reencantar a educação. Rumo a sociedade aprendente*. Petrópolis: Voces

BULLOUGH, R. (2000). Convertirse en profesor: la persona y la localización social de la formación del profesorado. En B. J. Biddle, T. L. Good e I. Goodson (Eds.) *La enseñanza y los profesores I. La profesión de enseñar*. Barcelona: Paidós, 99-165.

CONTRERAS, J. (2000). El profesorado y la república escolar. Respuesta a Mariano Fernández Enguita. *Cuadernos de Pedagogía*, 284, 76-81.

DARLING-HAMMOND, L y SYKES, G. (1995). *Teaching as the learning profesión. Handbook of policy and practice*. San Francisco: Yossey-Bas.

FERNÁNDEZ ENGUITA, M. (1999). ¿Es pública la escuela pública? *Cuadernos de Pedagogía*, 287, 80-85.

GIMENO, J. (2000). Carta a mis queridos y airados amigos. *Cuadernos de Pedagogía*.

HARGREAVES, A. (1996). *Profesorado, cultura y posmodernidad. Cambian los tiempos, cambia los el profesorado*.

MONTERO, L. (1999a). Características y funciones del profesorado en una sociedad dinámica. En V. Ferreres y F. Imbernón (Eds.). *Formación y actualización para la función pedagógica*. Madrid: Síntesis, 97-129.

MONTERO, L. (1999b). Formación y desarrollo profesional: cruce de miradas. *XXI Revista de Educación*, 1, 15-31.

NÓVOA, A. (1990). A pedagogía, os profesores e as escolas: Há tanta coisa a mudar nestes anos 90. *Correio Pedagógico*, 42, Maio, 1-4.

SHULMAN, L. (1989). Paradigmas y programas de investigación en el estudio de la enseñanza: una perspectiva contemporánea. En M. Wittrock (Ed.). *La investigación de la enseñanza. I. Enfoques, teorías y métodos*. Barcelona. Paidós-MEC, 9-91.